VICENTE MEDINA

Cincuentenario

Fue el diecisiete de agosto de 1937 el día en que, alejando de su tierra murciana, Vicente Medina murió en Rosario de Santa Fe. Se cumplen cincuenta años de aquella fecha lejana, de aquel año de una guerra civil que había alejado a nuestro poeta, ya anciano, definitivamente de su tierra. Había vuelto Medina a España, a Murcia, a Archena, en 1931 y había sido recibido en olor de multitud por las autoridades de su pueblo, por la prensa y por las gentes sencillas de su villa natal. Allí quedó instalado el poeta, tras comprar una casa, y, desde allí pudo participar en la política republicana, llegando a intervenir activamente en las elecciones del 36, a favor del Frente Popular. Es curioso leer crónicas de las actividades de este republicano histórico, un tanto romántico, que con su prestigio y su figura física venerable, iba por esos caminos defendiendo la «cultura para todos», el acercamiento de los pobres a los bienes de la enseñanza, de la educación y proclamando frases que, todavía hoy, nos hacen sonreír: «enseñar, leer, dar libros, y después hablar de política».

Pero en abril de 1936 las cosas no estaban muy claras y el poeta es aconsejado por sus familiares para que abandone su pueblo y vuelva a Argentina, a donde llega ya enfermo, y de donde ya jamás volverá. Es impresionante recorrer la biografía de Vicente Medina, sus problemas económicos y comerciales, sus

ideales políticos y sociales, y al mismo tiempo releer sus *Aires murcianos,* lo mejor de su obra, tan nutrida de otros muchos libros. Y sobrecoge comprobar el imperecedero y leal amor de este huertano de Archena hacia su tierra, a la que recrea desde la distancia, a la que revive en su lejana emigración.

Ahora se completan los cincuenta años y las instituciones se honran en cumplir con su deber y, en el obligado rito de la conmemoración —loable en tanto que supone el reencuentro con los olvidados—, se ha reeditado su *Teatro,* tantas veces citado y tan pocas leído. La Academia Alfonso X el Sabio, que ya acertó al incluir en su biblioteca de bolsillo los *Aires murcianos,* ahora, en el mismo medio, y en edición de Mariano de Paco, incluye ese teatro total que nos permitirá leer, en edición moderna, *El Rento* y otros dramas del poeta. El Aula de Cultura de Cajamurcia ha realizado un homenaje especial con exposiciones, recital de José María Galiana, y conferencias de historiadores y especialistas en la obra del poeta y dramaturgo, con la colaboración de la persona que mejor conoce y conserva los recuerdos de nuestro autor: Manuel Enrique Medina Tornero. Cualquier esfuerzo por recuperar hoy a uno de nuestros autores modernos más conocidos, será pequeño para contribuir a la difusión de la obra de quien en su tiempo fue embajador murciano en tierras lejanas.

Un número de la revista «Letras»

No conocemos suficientemente la biografía de Vicente Medina. Precisamente ahora, cuando celebramos en diferentes lugares, su cincuentenario, se ponen de re-

lieve nuevos datos sobre su interesante personalidad. Quizá muchas de las lagunas que podemos observar ahora, sean debidas a su larga estancia en la República Argentina, donde desarrolló una notable actividad literaria. Manuel Enrique Medina Tornero es un entusista del poeta y es y ha sido su permanente defensor y descubridor de tantos aspectos totalmente ignotos sobre tan emprendedor como interesante personaje. Algún día, Medina Tornero escribirá la biografía que todos los murcianos merecemos de este nuestro primer poeta regional.

Uno de los aspectos que habrá que estudiar es su función de editor y de creador de una revista curiosa. Medina Tornero, con motivo de las conferencias y recitales que se hacen en Archena, Murcia y Cartagena sobre el poeta ha aportado a los actos patrocinados por Cajamurcia, un importante material gráfico y de prensa de su riquísimo archivo mediniano. Y ha tenido gestos generosos como poner a disposición de quien esto escribe, quizá como emotivo recuerdo de estas jornadas, un número, el primero de la revista *Letras,* publicado en Rosario de Santa de Santa Fe el día primero del año 1916, cuando en Europa se libraba la Gran Guerra. «Esta revista —escribe Medina en este número inaugural— viene a llenar una gran necesidad de nuestro espíritu. Viene también a llenar un vacío... uno muy grande y espantoso que invade al mundo; la universal vaciedad.»

Es interesante releer el sumario y los contenidos de esta revista de tamaño alargado y de no muy grandes dimensiones. Una serie de textos en prosa y en verso de las que era autor el propio creador y dueño de la publicación, se combinan con tres textos muy diversos: un poema de Amado Nervo, titulado «Vieja

llave», otro de Emilio Carrere («Alma de la noche») y una prosa de Rabindranath Tagore, perteneciente a su libro *La luna nueva* y denominada «Canción sin sentido». Diversos estilos, contenidos diferentes con los que Medina arropaba sus curiosas reflexiones pacifistas para un mundo en guerra y sus poemas emocionados, en los que el escritor de Archena daba rienda suelta a su desbordada imaginación y sensibilidad.

Vicente Medina es nuestro primer poeta regional. Aunque lo más valioso de su obra está recientemente reeditado, habrá que seguir, con cuidado y con rigor, dando a conocer nuevos textos y nuevos datos, que nos acerquen en el futuro, aún más, la imagen de este murciano que vivió y murió lejos de su tierra, ahora hace cincuenta años.

Teatro

Aparece en estos días, coincidiendo con las celebraciones del cincuentenario de la muerte de su autor, el *Teatro* de Vicente Medina [1], que, en edición de Mariano de Paco, publica la Academia Alfonso X el Sabio en su ya veterana colección de bolsillo. La oportunidad de dar a conocer una obra dramática que en su momento tuvo cierta relevancia coincide con el deseo de completar lo más interesante de la obra de nuestro primer poeta regional. Si antes fueron *Aires murcianos,* ahora este *Teatro* viene a completar una faceta poco conocida y nada desdeñable del autor de Archena.

---

[1] Vicente MEDINA, *Teatro,* ed. de Mariano de Paco, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1987.

Cuatro son los dramas que Mariano de Paco ha rescatado —la totalidad de los impresos en su tiempo— para reunirlos en un volumen por primera vez: *El rento* (publicado por su autor en Cartagena en 1898), *¡Lorenzo...!* (Cartagena, 1899), *La sombra del hijo* (Cartagena, 1899) y *El alma del molino* (Cartagena, 1902). A estos textos completos, hay que añadir una escena, rescatada por el editor, de un drama que no llegó a publicarse completo, y cuyo texto, tomado de la prensa de la época, se ofrece en apéndice de la edición: se trata de *En lo obscuro.*

Con tal corpus textual, descubrimos un dramaturgo murciano de cierta categoría cuyas obras, respondiendo a los cánones y modas de su época, se inscriben dentro de las modalidades del drama social *(El rento, ¡Lorenzo!...)* y del drama rural *(La sombra del hijo, El alma del molino)* que en el fin de siglo hicieron furor en los teatros de todo el país. Téngase en cuenta que a la tradición del drama rural y social pertenecieron, en una cadena que llega hasta la guerra civil, dramaturgos de la talla de Joaquín Dicenta, Feliu y Codina, Angel Gimerá, Jacinto Benavente, Federico García Lorca y Miguel Hernández.

En tal tradición se inscribe por derecho propio nuestro poeta, cuya valoración en palabras de Mariano de Paco, radica en cierta originalidad de planteamientos: «su visión desde dentro de los problemas que lleva al teatro, de los ambientes que refleja y del habla que emplea, la sinceridad en los contenidos y el entusiasmo por la realidad en que vive prestan a las obras dramáticas de Vicente Medina una particular dignidad en el teatro de su época».

Confiamos plenamente en que la aparición de este volumen cumpla, como hizo el similar de *Aires mur-*

cianos con largueza extraordinaria, con el cometido insoslayable de poner a disposición de todos la obra de nuestro original poeta dialectal y, hoy ya, reconocido dramaturgo social y rural.

En el Ateneo de Madrid (1932)

La condición de poeta regional, atribuida a Vicente Medina, y propiciada en gran manera por su propia autopropaganda, tiene algunas veces sorprendentes excepciones, por lo menos en lo que a aspectos externos se refiere. Ya ha llamado bastante la atención de los críticos del poeta que su primera aparición bibliográfica suscitase comentarios de autores tan consagrados ya, y hoy universales, como Clarín, Azorín y Unamuno [2]. En esta misma línea, similar sorpresa nos han causado los tres folletos a los que nos vamos a referir en este trabajo, y que corresponden a la presencia del poeta de *Aires murcianos* en el Ateneo de Madrid, cuando la República española de nuestro siglo daba sus primeros pasos, es decir, 1932.

El haber dado con estos tres impresos, desconocidos por los biógrafos de Medina, o por lo menos olvidados, no ha sido realmente difícil. Más bien la casualidad que suele acompañar a estos hallazgos, y, qué duda cabe, el interés por Vicente Medina, han logrado que hoy podamos comentar su contenido. Mi participación en el I Congreso de la Asociación de Siglo de Oro, en junio de 1987 en Madrid, en los locales del Ateneo, me condujo en una de las muchas pausas a

[2] Vid. María Josefa DÍEZ DE REVENGA TORRES, *La poesía popular murciana en Vicente Medina,* Universidad-Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1983, págs. 61-90.

los ficheros de la rica biblioteca de la entidad y a encontrar estos tres raros impresos. Obtenida la correspondiente fotocopia, un primer análisis nos reveló su interés relativo, más como pormenor biográfico que por su contenido o aportaciones. Por ello, vamos a dar cuenta en esta nota de aquellos aspectos que nos resulten más interesantes y que, desde luego, sean reveladores de detalles en relación con el poeta y su obra.

Se titula el primero de ellos *Velada poética*[3] y en él destaca en primer lugar la presencia de Unamuno como presentador del poeta de Archena. En el título del impreso reza literalmente que hubo «presentación de don Miguel de Unamuno», pero desgraciadamente el texto de ésta, que debió ser muy breve, posiblemente unas palabras sobre el poeta y no más como es habitual, no figura en el impreso. Pero no por ello —y esto Vicente Medina no lo dejaba pasar por alto— se deja de mencionar el nombre del rector salmantino y en el discurso de la «velada» el poeta no desaprovecha la ocasión de autoelogiarse por haber tenido presentador de tanto prestigio. Los conocedores de don Vicente saben bien que nuestro poeta, ya en su juventud, era único para estas cosas. Más aún ahora, cuando ha regresado a la España republicana y trata de volver por sus fueros en el mundillo literario madrideño a costa de lo que sea. Frases muy suyas aparecen ya en las primeras líneas del folleto: «Creía que nadie me presentaría en la honrosa tribuna de este Ateneo, y por si se me había olvidado en Madrid, encabezaba estas cuartillas haciendo mi propia presentación. Pero he

[3] Vicente MEDINA, *Velada poética,* presentación de don Miguel de Unamuno, Ateneo de Madrid, Madrid, 13 de febrero de 1932.

tenido la suerte de encontrar a nuestro gran maestro, don Miguel de Unamuno, ínclito y fiel, siempre desprendido, que con sus fastuosos medios, como magnate que es en estas cosas de saber y de sentir, ha convertido, no en desahogada, sino en espléndida, mi situación precaria de pobre poeta olvidado, que vuelve a su tierra al cabo de luengos años para leer versos (cosa ingenua e infantil) ante un selecto público de gustos alambicados, y con la no menos inocente y ridícula pretensión de romper una lanza en el torneo de las letras, en reivindicación de los fueros de la poesía y de los poetas que son y han sido».

Naturalmente, los primeros halagos son para Unamuno, al que el poeta se vincula espiritualmente, sin duda recordando la ya antigua relación con el gran escritor cuando empezaba: «Nunca agradeceré bastante a nuestro gran don Miguel esta amistad y fraternal ayuda..., a nuestro gran maestro..., maestro en tantas cosas..., ¡pero en hombría civil y en rectitud de conciencia y en corazón sano, tan alto y vivo ejemplo!...» No se dejan esperar los tópicos característicos con que ya don Miguel era conocido en toda España: «caballero andante», «por las andanzas y aventuras», así como el recuerdo, nuevamente, del apoyo inicial de Unamuno a su poesía lo que demuestra Medina recordando cómo «el gran don Miguel» había quedado prendado de su poema «Mi reina de la fiesta».

Pero la velada literaria estaba destinada a que el poeta diera lectura a algunas de sus composiciones, aunque previamente él expusiera algunas ideas sobre su poesía y, en este caso, sobre su rudimentaria poética. En este punto, son interesantes algunas reflexiones del viejo poeta, viejo por lo desfasado que se encontraba en el Madrid de la República, tan distinto de la

España del 98 que había sido la que había conocido su fama. Una decepción muy clara se la proporciona al poeta la actitud de la prensa, que resume en una frase lapidaria que le habían espetado en un periódico tras unas gestiones suyas para poder publicar algún poema: «Tenemos por norma no publicar nada que sea poesía». Motivo, pues, de lo que él denomina «sublevación». Pero quizá hay otro aún más curioso: «La otra cosa que me subleva e indigna es que los poetas jóvenes aguanten este trato, sin rebelarse, sin gritar, sin tomar una ofensiva rabiosa, sea como sea, contra los que les niegan la sal y el agua. No hay derecho a hacer escarnio de la poesía».

Su concepto de la poseía tiene un carácter general. La poesía está por encima de todo y afecta a todos los niveles de la vida. Por ello, su extrañeza de que no figure en la prensa desencadena unas reflexiones muy agudas y preocupadas en torno al papel de la poesía en el mundo. Poeta universalista se muestra entonces Medina, vinculado a corrientes filosóficas, e incluso políticas, internacionalistas. En un momento histórico como este (febrero de 1932), en que se vive la práctica de la revolución, la poesía parece ideal al viejo poeta para sustentar las nuevas corrientes. Sus palabras de entusiasmo no se hacen esperar y, con aire de arenga un tanto mitinero, no duda en concluir cálidas palabras con una frase lapidaria definitiva: «El momento de España y el momento del mundo (momentos de profunda revolución) es precisamente un momento de poetas..., momento creador..., momento de génesis..., momento de poesía... Y la poesía pare... La poesía es y será la madre del mundo...»

Son muy curiosas también sus observaciones sobre la obra. El apartado de su discurso en que se

lleva a cabo esta meditación se titula «Nuestro hijo la obra». Lógicamente, el idealismo que caracteriza el pensamiento literario marca la pauta para el desarrollo de las ideas de Medina. Las frases alcanzan incluso lo melodramático en un discurso en el que no falta entusiasmo y sobre todo amor por la poesía: «Pero volvamos a la obra, a este hijo de nuestros pecados (¿pecados?), a este tipo que nos lleva a mal traer... ¡Qué cosas! Y vamos detrás del hijo, no como el padre, sino como la madre que lo ha parido... Y con el celo de madre, temblamos y suspiramos por él..., tendemos hacia él los amorosos brazos, temerosos de la fatal caída... ¡Ay!» En definitiva, que el poeta se presenta en Madrid, con su hijo, para darlo a conocer, no para vender sus libros, sino para regalarlos, porque la poesía está devaluada. Y termina este párrafo el viejo poeta: «Todo lo hace un buen padre porque su hijo no muera.»

No es menos interesante lo que Medina dijo en el Ateneo y luego recogió en su folleto bajo el epígrafe de «Cosas del tiempo», que realmente constituye el comienzo de su propia presentación, de esas palabras sobre sí mismo que el poeta hubiese dicho si no hubiese sido introducido por Unamuno. Lo cierto es que no las ahorra y las incluye en el folleto manifestando en primer lugar algo que es sumamento revelador: su confesada adscripción al 98, avalada por su participación y colaboración en las revistas más valiosas del momento. No está de más que oigamos al propio Medina, por si algún investigador quiere rastrear el itinerario periodístico del poeta: «Temo que algunos os preguntéis: ¿Quién es el poeta?... Tuve mi popularidad, tuve mi tiempo... Soy de los del 98... Entonces se leyeron mis "Aires murcianos" en toda España...,

publiqué en "Madrid Cómico" en el "Heraldo", en "El Liberal", en "La Esfera" y "Nuevo Mundo", en "España", de Galdós, en "Blanco y Negro" y en "La Ilustración Española y Americana"... Entonces, ¡ay! todavía publicaban versos los diarios y revistas..., ¡y hasta los pagaban!» Lo cierto es que el título del epígrafe «Cosas del tiempo» hace referencia a su decepción ante el olvido en que en el momento presente se hace de los poetas y la poesía («Ahora no se leen versos, ni se publican, ni se pagan») y ante el propio agotamiento inmortal de «Cansera»: «Atrás y cansado... '¡tengo una cansera!...'» Es significativa la reacción del poeta ante este recuerdo tan vinculado a él y su renuncia a este verdadero símbolo de un tiempo pasado: «Pero no, ¡no! Esto de la "cansera" es literatura, poesía, harina de otro costal... Yo no estoy cansado todavía, ¡ni mucho menos! "Cansera" fue cosa de su tiempo, cosa del 98..., emoción recogida de aquellos días de aplastamiento nacional...»

El poeta reacciona entusiasmado («Animos y entusiasmo») ante la nueva realidad de una España que él, según dice, ha recorrido de punta a punta y ha encontrado labrada. Por ello, vincula al tiempo pasado no sólo «Cansera», sino otros poemas suyos: «"Cansera" y "Murria" y "Mi reina de la fiesta" y "En la senda", y otras cosas, hay que tomarlas como lo que son: como alma de su tiempo, como perfume de su tiempo, como poesía...»

El resto de su presentación, en este folleto, está dedicado a explicar su propia poética, que Medina acoge bajo el título de «Preceptiva». Indudablemente, el primer rasgo que se atribuye es su condición de poeta popular, pero poeta popular como artesano, como trabajador de esa popularidad: «Mi tarea más difícil

es dar a lo que escribo una forma común y corriente: giro popular, modismo, frase hecha, refrán, si cabe.» Pero lo más llamativo de su preceptiva a la altura de los años treinta en que estas palabras Medina pronuncia, es su renuncia a ideas que en otro tiempo defendió, nada menos que en relación con la finalidad de la poesía, aspecto al que ya hizo referencia María Josefa Díez de Revenga [4]. A estas alturas señala: «Siento pavor ante la inconsciencia de las masas y ante los arrebatos colectivos producidos por obras y gestos superficiales. He sentido como cualquiera la tentación del arte tendencioso: revolucionario, educativo... Pero me parece que el arte por el arte es lo mejor y más revolucionario y educativo...»

El resto de su presentación está dedicado, definitivamente, a su propia condición de poeta popular, a su definición y a su defensa de la poesía del pueblo como genuina, auténtica y natural: «Soy —escribe Medina— un poeta genuinamente popular: no he pasado por las aulas, me he formado espontáneamente... Más que preparación he tenido instinto para las letras, para la poesía. Popular de procedencia y por temperamento, creo que acerté al inclinarme a la poesía popular, por haber encontrado en ella un rico filón casi inexplotado de motivos, sentires, imágenes, palabras, todo ello saturado de sentimiento y frescura.» Son ideas del poeta que ya conocemos, que ha reiterado a lo largo de su obra y sobre las que, ahora sí, no ha modificado un ápice su pensamiento. Coinciden con manifestaciones hechas durante más de treinta años de reflexión sobre la literatura. La ausencia de

---

[4] María Josefa Díez de Revenga Torres, *op. cit.*, página 43.

alambiques, de artificiosidad, de adornos, en definitiva, la espontaneidad, son los ideales perseguidos y asimilados al poeta, de forma un tanto romántica, a lo popular. Popular = espontaneidad. Este sería el binomio que se convierte en dogma para nuestro escritor: «Me maravilla lo que se viene llamando en literatura "belleza de la forma", pero yo la detesto. Para mí la belleza insuperable está en lo natural: concisión, claridad, sencillez.»

Completa su «poética» con la confesión de que él no usa reglas, ni siquiera las ortográficas, exageración clara que no se corresponde con la actitud repetida a lo largo de toda su vida por el poeta. Pero toda va en busca de una nueva defensa de la espontaneidad, que resume en la frase «Yo soy un poeta a la pata la llana», bastante espontánea por cierto.

Aparte de todas estas reflexiones sobre su poesía y la dimensión que para él tiene, Medina ofreció a los ateneístas la lectura de algunos poemas inéditos, pertenecientes a libros proyectados en este momento quizá. Uno de ellos es el que se habría de titular *Terruño*, al que previamente ha hecho referencia en su discurso: «Y los últimos jirones que estoy arrancando al tiempo son de esta emoción de ver mi tierra al cabo de tanto tiempo (veinticinco años) y de volver a mi rincón natal al cabo de medio siglo... Esta emoción, ¡y qué fuerte!, me está dando un nuevo libro, que se titulará "Terruño... Terruño", sí, "Terruño"... ¡dulce nombre!» Y, en efecto, de este poemario recoge algunas composiciones, en las que se aprecia sobre todo el gran sentimentalismo que preside la poesía de Vicente Medina en este momento, y que creo que responde a una franca decadencia dentro de su trayectoria literaria. Así, por ejemplo, ocurre con un poema titulado

«¡Madre, ya estoy aquí!, en el que, con una retórica artificiosa, basada en repeticiones anafóricas, desarrolla un poema melancólico y sentimental que tiene como tema la consideración de la tierra como «madre», pero no la tierra en general, como más adelante nos hará observar en otro de sus discursos ateneístas, sino la tierra de Murcia:

¡Madre, ya estoy aquí! Vuelve a tus lares
el hijo ausente, España.
¡Madre, ya estoy aquí! No como el hijo pródigo
que juventud y bienes derrochara...
Soy el desheredado que con rumbo a las Indias
salió desalentado de la paterna casa...

¡Madre, ya estoy aquí! No te he olvidado,
¡aunque la triste ausencia ha sido larga...
¡Madre, no ha habido un día que lleno de ternura
yo no te recordara!...

Y me he acordado, madre, de ti más que en tus días
de fortuna, en tus días de desgracia;
suspirando por verte
libre, próspera y grande, ¡oh mi España!

Joven era al dejarte, mi cabello era negro...
Ha que dejé tu suelo veintitrés años, patria...
¡Madre, ya estoy aquí! Quizás me desconozcas...
revejido mi cuerpo y mi cabeza blanca...

¡Te rocé poco, madre! Tal vez por eso tengo
vivas por ti las puras ternuras de la infancia...
¡Te rocé poco, madre! Siempre he sentido, triste,
de tu calor y mimos las infantiles ganas...

¡Madre, ya estoy aquí! Requiriendo he venido
tu maternal regazo. Vengo, madre, con ansias
de que tu presencia, hasta empaparme de ella,
al final de mi vida, quede llena mi alma...

Quiero empapar mi vida, de ti, mi madre tierra,
y que, de ti calados, trasciendan a tu gracia
mis huesos y mi carne..., huesos, carne y espíritu,
el día que el eterno reposo a darme vayas...

Quiero empaparme, madre, de tu sentir más hondo,
fluyendo de tu gesto y tu palabra...
Quiero ver por mis ojos y palpar con mis manos
tu ser estremecido, ¡oh madre mía España!

Quiero correr tus campos y a la noche
ampararme a las casas de labranza...
y llegar a los pueblos en días de mercado,
pernoctando entre arrieros en las viejas posadas...

Quiero vivir, de nuevo, las antiguas costumbres,
fiestas y tradiciones, repiques de campanas,
procesiones solemnes, romerías y bailes,
rondas y serenatas...

¿Pero en dónde están, madre, las mozas con sus bellos
refajos y sus cántaros, yendo por agua
y los mozos tras ellas
luciendo al hombro la vistosa manta?

¿Qué hicieron de sus negras mantellinas
las mocicas huertanas?
Y los hombres del campo
qué de sus negras y cumplidas capas?

Madre, vuelvo al hogar... Ilusionado vuelvo
de sentarme a la lumbre bajo la gran campana.
Tu calor busco, madre... el calor aldeano
de la olorosa leña frente a la gran fogata.

¡Madre, ya estoy aquí! Vengo aterido:
ha nevado en mis barbas...
El frío de las penas me ha calado...
¡Madre, vengo aterido!... ¡ha nevado en mi alma!...

Inevitablemente, hay que destacar en la composición trascrita la gran influencia de la propia edad, de la senectud en la que el poeta ha entrado y que en él no se evidencia sino en sentido penoso de decadencia, de decadencia física propia que revela igualmente la decadencia literaria. El lector habrá percibido con claridad que, frente a fugaces aciertos expresivos a la hora de recordar el mundo del trabajo o de la fiesta, encontramos igualmente la extemporánea presencia de un «ubi sunt», lleno de añoranza. La metáfora final de la nieve, con ser expresiva, no deja, sin embargo, de responder a un tópico manido.

Similar actitud encontramos en el poema titulado «Como la grama», escrito con motivo de haberle impuesto su nombre a una calle de su pueblo. Nuevamente, las referencias al tiempo, la gran tristeza producida por la añoranza, convierten al poema en una muestra floja salida de la pluma de Medina, a pesar de las refrescantes referencias americanas que cierran la composición:

Lleva mi nombre la calle
en donde estuvo mi casa
y en donde pasé los años
de la infancia.

En el patio
todavía está la parra
que fue por mi padre un día
plantada...

El pozo también está
como estaba
y agua de él vuelvo a beber
para refrescar mi alma...

Pero, aunque verdea un poco,
casi seca está la parra;

en cambio el agua del pozo
pura y fresca siempre mana...

Yo sentía la garrucha
tempranico de mañana,
sacando el agua mi padre
para lavarse la cara.

«En verano es como nieve
(decía haciendo alabanza
del agua mi padre) y luego,
en el invierno, es templada.»

Mucha gente en el verano
venía al pozo por agua,
pues, por lo fresca y lo dulce
tenía fama...

Me acuerdo que dio en venir
a menudo una muchacha
que se clisaba mirándome,
tardando en llenar la cántara.

Está la casa lo mismo:
la entrada,
la cocina y los dos cuartos...
las cámbaras...

De catorce años salí
de mi casa...
vuelvo a los sesenta y cuatro
a pisarla...

Tuvieron también mis padres
otra casa
en las afueras del pueblo,
que está ya medio arruinada...

Fue una historia de tristezas...
Quedan allí unas acacias,
las que cabecean como
si la historia comentaran...

También he tenido y tengo
en otras tierras mi casa
y un pozo con agua fresca
y una parra...

Otro mundo... Hijos y nietos
allá me aguardan...
Corre y echa raicecicas
el hombre como la grama...

Citemos, finalmente, un último ejemplo tomado también del libro *Terruño* e interesante por la fonética empleada. Se trata del titulado «El molino del tío Aristas», que sobresale por constituir un conjunto de reiteraciones de diminutivos típicos del murciano, cuya excesiva abundancia hacen pesado el conjunto. Se trata de un poema también cargado de añoranza en la que mucho tiene que ver el paso del tiempo, o mejor el tiempo trascurrido. Es un recuerdo de la tierra fijado en un viejo molino destruido por el tiempo. Pero lo cierto es que la insistencia en los diminutivos antes referidos estropea el conjunto. Qué alejados estamos ya de aquellos primeros aires murcianos donde la fonética regional estaba tan moderadamente utilizada, manejada con sabiduría y con autenticidad.

Al pie de la iglesia estaba
el molino del tío Aristas
y, como la acequia, en alto,
detrasico de él corría,
al cubo le entraba el agua
derechica...

Un molinico harinero
de mala muerte; tenía
sólo una piedra y escaso
era su rinde en maquilas.

Llevó mi abuelo Joaquín
el molino del tío Aristas...
mis abuelos
eran gente pobretica...

Se ve el molinico ahora
en ruinas:
el cubo seco y rajado
y sin techo la casica...

Cuando yo era pequeñico
solía
alreorcico del molino
jugando pasar los días
y recuerdo que mi madre
me gritaba y me decía:
«Nene, el arrimarte al cubo
te puede costar la vida.»

Recuerdo el escurridor
y el agua que de él salía
hecha espuma
por el rodete batida...

Danzar la piedra recuerdo
al son de la tarabilla
y la blancura de nieve
de la harina
a chorrico en el costal
cayendo tan calentica...

En el puente de la acequia,
de mujeres y mocicas
que iban a fregar los platos,
recuerdo la algarabía...

Y recuerdo aquel temor
de mi madre: yo sentía
miedo también de aquel golgo
que el agua en el cubo hacía,
el cual, igual que la muerte,

según caían,
una a una
se tragaba las hojicas...

El resto de los poemas recogidos, pertenecientes a *Terruño,* son «En la plaza de Mula», «La casa del maestro», «Los ríos van a la mar...» y «Pena», que reiteran temperatura, recursos y temática similar a la de los poemas reproducidos. Unicamente se separa del conjunto el titulado «La Virgen Castañera», que pertenece a la serie de «vírgenes» que luego habría de figurar en su libro *Belén de pastores,* publicado, como es sabido, ese mismo año [5].

Respecto a las «carceleras» recogidas, pertenecientes a su época de la cárcel posiblemente [6], hay que señalar que son bastante mejores. El gran poeta tradicional que Medina llevaba dentro le hace asimilar perfectamente un género característico de la lírica popular española, con unas condiciones muy claras de sentimentalismo sobrio, añoranza de la libertad, tristeza de la prisión, que nuestro poeta asimila con la facilidad que le era peculiar para captar estos sentimientos. La primera de ellas, titulada «El adiós», no es de las mejores, pues su carácter narrativo (relata cómo fue detenido y conducido a prisión) debilita su valor lírico, pero la segunda trascrita, la titulada «Las llaves del carcelero» puede considerarse como un poema valioso, tanto por su aire de canción inconfundible, como por su brevedad y autenticidad, condiciones que refuerzan su lirismo:

---

[5] Vicente MEDINA, *Belén de Pastores. Villancicos y milagros,* G. Peña, Madrid, 1932.

[6] Vid. Manuel Enrique MEDINA TORNERO, «Vicente Medina (1866-1937). Biografía y bibliografía», *Abazara,* número 7, 1980, págs. 5-12.

¡Ay la cárcel,
toda cerrojos y hierros,
y tú cargado de llaves,
carcelero!...

¡Ay la cárcel,
toda pavoroso encierro,
y cada penado el alma
en un calabozo negro!...

De tus llaves
se oye el tintín, carcelero:
si vas a cerrar, ¡qué triste!...
¡qué alegre! si estás abriendo...

Si me prestaras tus llaves,
carcelero,
le abriría yo las puertas
a mi pecho...

Si me prestaras tus llaves,
carcelero,
de su calabozo obscuro
saldría mi pensamiento...

Si me prestaras tus llaves,
carcelero,
mi corazón, que se ahoga,
se aliviaría de un peso...
Todo encerrado lo dejas
con tus llaves, carcelero...
¡Yo todo lo dejaría
abierto!...

Otros tres poemas, titulados «Horas», «¡Celda mía!» «La cabeza debajo del ala», completan el conjunto. Ninguno de los dos últimos se destaca por nada especial; sin embargo, el primero de ellos constituye otro de esos aciertos expresivos que Vicente Medina sabía con-

seguir. En este caso es la monotonía de las horas trascurridas en prisión la que se hefleja en un poema muy triste y repetitivo, como si se quisiese reproducir el eterno retorno del lento sonar de las horas de un reloj próximo y la vibración de las mismas estremeciese constantemente este triste pasar del poeta:

Como ninguna, de triste,
tiene el son
la campana de la torre
de la prisión...
Como ninguna, de lentas,
da las horas del reloj
la campana de la torre
de la prisión...
Van cayendo en el silencio
de mi soledad las horas...
van cayendo, de la mano
cogidas unas a otras...
Can cayendo en el espacio,
¡como una hiel que destila
claras, sonoras,
gota a gota!...
Y, al caer, las voy contando,
lentas, penosas,
¡como de mi medicina
cuento las amargas gotas!...
Como en un vaso de agua
caen las amargas gotas,
van cayendo en mi prisión
las horas...
Cuando en las aguas del lago
una piedrecita arrojas,
hasta el infinito van
estremecidas las ondas...
Al caer en el espacio
estas horas,
también hasta el infinito
irán sus ondas...
¡Quién sabe si a ti, Dios mío,

donde moras,
llegará con su dolor
la vibración de estas horas!

La segunda velada literaria, celebrada en el Ateneo el 23 de abril del mismo 1932, la dedicó el poeta a *La poesía agraria* [7], que ofreció como una «disertación sobre el aspecto sentimental del problema agrario y lectura de versos inspirados en la lucha y en el amor por el terruño». Se trata ahora, al contrario que en la anterior ocasión, de un folleto de treinta páginas en el que se recogen pocas poesías, prefiriéndose la propia disertación que dividida en cuatro partes y un epílogo, constituye la casi totalidad del curioso impreso.

Realmente «curioso» es el mejor calificativo para este nuevo folleto, porque más que una velada «poética» lo que Medina ofreció en aquella ocasión fue un discurso sobre la agricultura. Partiendo de unas referencias a la relación del hombre con la naturaleza, en las que no faltan alusiones ingenuas a Robinson Crusoe, y tras recoger algunos poemas americanistas en los que la tierra y la naturaleza son los protagonistas, nuestro autor se lanza a la realización de unas reflexiones sobre la agricultura, partiendo de una bella canción de siembra:

Esponjada y anhelante
de semilla está la tierra...
No dejéis pasar el día, que es hermoso, sembradores...
Es el día de la siembra.

Se define Medina como «poeta agrario», «por lo que me preocupa y ocupa este problema del agro» y re-

[7] Vicente MEDINA, *La poesía agraria,* «Segunda velada poética», Ateneo de Madrid, Madrid, 23 de abril de 1932.

chaza la idea de que lo agrario sea prosaico: «Quizás estéis pensando: "Pero la poesía de Medina es una cosa sentimental y el problema de la tierra es una cosa económica y prosaica". Replicaré a esta supuesta objeción, primero: que de lo prosaico, y más constantemente de los problemas económicos deriva lo sentimental: conflicto, miseria, obstáculo amoroso, impotencia artística... drama y motivo, en suma de toda o casi toda exaltación idealista y emocional... Y segundo (y esto ya es un fanatismo en mí) que lo sentimental (sépanlo bien los que se jactan de materialistas y positivistas) es lo fundamental de toda vida posible en lo prosaico y económico.»

Para entender bastante la forma de pensar de Medina a lo largo de toda su obra son valiosas algunas de las reflexiones recogidas en este folleto de 1932, que son útiles también para comprender incluso su poesía primera, la que hizo a finales del XIX y principios del XX. Las ideas contenidas en el siguiente párrafo son bastante dilucidadoras al respecto: «El que trabaja la tierra, la ama, la desea, quiere poseerla... El jornalero de la tierra, pese a ser su siervo (¡oh, gleba, oh, esclavos!) la ama, la desea... su ardiente sueño es poseerla, ser propietario... Si esto es el esclavo, ¿qué no será el dueño y señor de la tierra? ¿Que muchos grandes señores de tierras no las conocen siquiera, ni menos las rozan, no debiendo, por lo tanto, experimentar por ellas la pasión sentimental del labriego? De acuerdo. Pero hay muchos miles de propietarios que poseen su tierra de verdad, que la remueven y fecundan...» [8].

---

[8] La cuestión rural siempre interesó a Medina, incluso literariamente como es sabido. Vid., para este asunto, Mariano DE PACO, «Introducción» a su edición de Vicente ME-

El resto del discurso continúa por esa línea, bastante alejada por cierto, y a pesar de lo que manifieste Medina, del mundo de la literatura. El problema del agua, la roturación de nuevas tierras y creación de nuevos cultivos, la exportación de los productos agrícolas, los cultivos de diferentes países, la propiedad, el capitalismo, las ciudades, etc. Una serie de supuestos económicos y sociales que terminan en un levantado canto de amor a la tierra como madre, rematado por la afirmación contundente de que «trágico es este sentimiento por la tierra... Pavoroso por lo complejo y sutilmente sentimental es el problema de la reforma agraria».

No creo que la tal «velada poética» tenga mayor interés desde el punto de vista literario. Medina hablaba ante un Ateneo compuesto de intelectuales muy diversos y no es de extrañar que se apartase de la literatura, de lo que estrictamente se anunciaba como un recital para ofrecer a cambio, o al mismo tiempo, las reflexiones socioeconómicas que le permitían tanto su larga experiencia como agricultor como su condición de propietario, e incluso de rico propietario. Lo que no es posible saber es si consiguió convencer a su respetable auditorio republicano de esta pretendida simbiosis entre la poesía y la economía agraria, aunque es muy posible que algún viejo ateneísta, lleno del mismo idealista entusiasmo que nuestro poeta, viniese a quedar satisfecho y convencido por las palabras de Medina.

Se fecha el tercero de los folletos que comentamos el día 17 de diciembre de 1932, vísperas, pues, de la

---

DINA, *Teatro,* págs. 14 ss., y mi ponencia en el coloquio sobre *Realismo y naturalismo en España* (Toulouse, noviembre 1987) que versó sobre «Poesía naturalista: el ruralismo premodernista de fin de siglo».

Navidad de aquel año, y se anuncia el acto como una «velada literaria» en la que nuestro escritor trataría los temas siguientes: «El caos ateneísta», «La humanización del Arte, de la Religión, de la Política...» y «La Religión del arte». A continuación se leerían los siguientes poemas que Medina recoge también en la publicación: «Belén de Pastores», «Frío de Navidad», «La Virgen Castañera», terminando, finalmente, el suelto «Pidiendo trabajo» [9]. Para los conocedores de los libros publicados por Medina, en España, hay que señalar que tanto «La religión del arte» como «Pidiendo trabajo», así como todos los poemas están reproducidos en el libro *Belén de Pastores* [10], que apareció aquel mismo año.

Constituyen, pues, novedad a la hora de examinar el impreso tan sólo los textos sobre «El caos ateneista» y «Humanización», que aportan poco desde el punto de vista literario. Sin embargo, nos ofrecen algunas referencias sobre el propio Medina interesantes, tales como su autodefinición de «demagogo»: «Yo me siento un demagogo con todos los caracteres revolucionarios fulminantes y destructivos de la demagogia (ímpetu ciego y arrolladora acometividad), pero demagogo de orden, del libro, de la idea, del verso...» Lo recogido bajo el título de «Humanización», aunque hace una inicial referencia a la «deshumanización del arte», está, sin embargo, referida exclusivamente a la política y a la religión.

---

[9] Vicente MEDINA, *Velada literaria,* Ateneo de Madrid, Madrid, 17 de diciembre de 1932.

[10] Incluso se utilizaron las mismas galeradas para uno y otro impreso, ya que los textos repetidos coinciden plenamente en la edición del folleto y en la de *Belén de Pastores,* cit.

Son, por tanto, tres perspectivas más que pueden completar para los curiosos la imagen de Vicente Medina, cuya labor como escritor no se redujo, evidentemente, a *Aires murcianos,* sino que continuó con inusitada fecundidad, cuantitativa exclusivamente, hasta el final, ya que pocos son los aciertos literarios que adornaron su pluma en los últimas años. Estos textos, ahora exhumados, son una buena prueba de ello. ¡Qué lejos queda ya la sencillez, la espontaniedad y el sentimiento lírico que adornaron los *Aires murcianos*!

Permanencia de Vicente Medina

En Vicente Medina hemos consagrado al escritor regional por excelencia. Hemos visto en él la representación de nuestra región y en los últimos años se ha luchado por sacar del olvido su figura señera. Se ha partido de ofrecer la posibilidad de leer su obra maestra, su mejor y más duradera creación, sus *Aires murcianos*. Luego se ha procedido al estudio científico de esta obra, a través de una tesis doctoral que alcanzó pronto el honor de ser publicada bajo sellos editoriales de prestigio. Me estoy refiriendo a *La poesía popular murciana en Vicente Medina,* de María Josefa Díez de Revenga, publicada en 1983. Luego, ahora, hace pocos meses y coincidiendo con el cincuentenario, Mariano de Paco ha reunido su *Teatro* y lo ha publicado en un volumen similar al que yo preparé en 1981 reuniendo los *Aires murcianos,* volumen que sigue la recopilación completa hecha por el poeta en Rosario de Santa Fe. Pero todos estos esfuerzos editoriales, que han contado con el inusitado apoyo del público lector mur-

ciano, tuvieron un precedente ahora quizá olvidado injustamente. Me refiero a un número extraordinario que la revista *Azahara* dedicó a Vicente Medina en 1980 y que fue el primer intento serio de recuperación del poeta en nuestra década. Artículos, muy valiosos por cierto, de Manuel E. Medina Tornero, Rafael García Velasco, Emilio Estrella, Juan Barceló, Julián Viera y Francisco Alemán Sainz componen el conjunto investigador que tantos datos facilitó en torno al poeta de Archena.

Ahora se cumple el cincuentenario y los que a mí me gusta llamar «medinistas», con Manuel Alvar a la cabeza, han preparado nuevos trabajos para dar un paso más en el conocimiento de Vicente Medina. Algunos dicen que este conocimiento no será pleno hasta que no estén publicadas todas las obras de Vicente Medina, es decir, sus *Obras completas*. Ante esta cuestión, yo pongo en duda la oportunidad de una empresa así. Conozco bastantes páginas escritas por el poeta de Archena que no merecen el recuerdo de los lectores. Su falta de calidad, su desinterés actual, pero sobre todo su nulo valor literario hacen inútil su difusión. Medina fue extraordinariamente prolífico desde los años finales del siglo XIX hasta los años de la república española de nuestro siglo. Todavía en aquellos años republicanos seguía publicando de todo, tal como he explicado antes, a la hora de estudiar tres intervenciones que, en 1932, tuvo en el Ateneo de Madrid, contando en una de ellas como presentador con don Miguel de Unamuno. Pero esos textos son lamentables en una muy importante parte. Surgen algunas ideas interesantes, como lo es su concepto de «poesía agraria», pero pronto ese discurso se convierte en un tratadillo de agricultura, en unas reflexiones sobre la roturación

de nuevas tierras y sobre el problema del agua. Todo el mundo sabe también lo original que Medina era desde el punto de vista ideológico y político. Hoy hablaríamos de «cacao mental». La pobreza, la emigración, el rápido enriquecimiento, los problemas financieros, el embargo, el regreso, etc., convirtieron la forma de pensar de este «último de Filipinas» en sistema complejo de difícil comprensión hoy día, muy peculiar, muy personal, pero, y esa es la pena, carente de trascendencia. Medina sobrevive gracias a *Aires murcianos,* y últimamente gracias a sus dramas rurales y sociales. Medina es valioso desde el punto de vista filológico, Medina es un representante original de la crisis de «fin de siglo».

Tenemos que buscar en el poeta al representante de aquellos años valiosos, cuando Azorín y Unamuno, cuando Maragall y Clarín admiraron sus entonces tan originales creaciones: «Cansera», «Murria», «La canción triste», «Los níos solos», «En la ñora», «La novia del soldao», «La sequía», «Y la nena al brazal»... Tenemos que volver al Medina creador de la única poesía «naturalista» de España, al acuñador de lo que dominó José María de Cossío, poesía «naturalista rural». El fue el primero que introdujo el mundo del campo en la poesía, como otros la estaban haciendo en el teatro. El mundo del drama rural, lejano heredero de la comedia campesina del siglo de oro español, ahora influido por los grandes espacios campesinos del naturalismo francés —recuérdese, por ejemplo, *La tierra* de Emilio Zola o *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza* de la Pardo Bazán— tiene en la poesía de Vicente Medina una singular interpretación lírica. Una versión poética que no tiene parangón en toda nuestra literatura, y que tanto admiraron los contemporáneos del poeta.

Podemos volver a indagar sobre el secreto de su éxito. Y concluiremos con exactitud el valor de su obra. Primer objetivo: reproducir con autenticidad el lenguaje popular murciano. Reproducir del «natural», como hacían los pintores costumbristas contemporáneos como José María Sobejano. Segundo objetivo: reflejar las costumbres de las gentes de la huerta: ruralismo, costumbrismo. Tercero: ser natural, sin artificiosidades ni efectismo, sin excesivo sentimentalismo. Y eso es lo que consigue: reflejar lleno de cariño las miserias cotidianas de una huerta con un alto índice de mortalidad infantil debido a la desnutrición y a las infecciones. Reflejar una sociedad en la que la pobreza, la guerra y la muerte son los protagonistas. En definitiva, dejarnos la lengua, las costumbres y la verdad de un mundo rural deprimido.

Vicente Medina vive. Vive en su obra primera, vive en sus *Aires murcianos* legándonos la lección de permanencia y de autenticidad de una España desolada por la guerra, por los sistemas irracionales de producción, por el atraso económico provocado por el caciquismo, por las inundaciones, la sequía, las epidemias, el hambre y la muerte... Vive también en su lección de verdad lingüística extraída directamente del pueblo en el que había nacido y al que perteneció. Vicente Medina, nuestro poeta popular, mantiene para Murcia su gran lección de clásico permanente.